

El itinerario clásico y humanístico de Hernán Cortés: de la *laus urbis* a la *laus conditoris**

The Classical and Humanistic Itinerary of Hernán Cortés:
from the *Laus Urbis* to the *Laus Conditoris*

Raquel Barragán Aroche

Universidad Nacional Autónoma de México

raquelba@unam.mx

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0971-7879>

RESUMEN: El artículo tiene como objetivo analizar las *laudes urbium* que Cortés inserta en sus *Cartas de Relación* antes de llegar a la gran ciudad de Tenochtitlan. Es una suerte de itinerario escritural, en el que se vislumbran fragmentos de esa gran ciudad en su destrucción y refundación; además, se trata de un tejido discursivo que se va uniendo en una utopía humanista que abreva en fuentes bíblicas y clásicas. Cortés establece en su escritura una forma de asimilar las ciudades a una descripción antigua, pero, a la vez, novedosa, y las propone como un libro, en el que los letrados seguirán hilando para establecer la imagen del conquistador bajo el halo de personajes históricos del mundo clásico, relacionados directamente con la destrucción y fundación de ciudades, como Nerón y Tito, o mitológicos, como Cadmo, Anfión o el Fénix.

Palabras clave: Cortés, pluma y espada, *laudes urbium*, *laus conditoris*, personajes clásicos, humanismo.

ABSTRACT: The aim of this paper is to analyze the *laudes urbium* that Cortés includes in his Letters from Mexico before arriving in the great city of Tenochtitlan. It is some form of scriptural itinerary, in which fragments of that great city can be glimpsed in its destruction and rebuilding; moreover, it is a discursive tissue that merges with a humanist utopia that draws on biblical and classical sources. Cortés establishes in his writing a way of assimilating the cities into an ancient but, at the same time, novel description, and proposes them as a book, in which scholars shall continue weaving to establish the image of the conquistador under the halo of historical characters of the classical world,

* Este trabajo se desarrolló gracias al proyecto PAPIIT IN401318 “La *imitatio* ecléctica de modelos clásicos y humanísticos: la poética de Zeuxis de España a Nueva España en los siglos XVI -XVIII”. Asimismo, agradezco la atenta lectura de Francisco Robles Rivera.

directly related to the destruction and foundation of cities, such as Nero and Titus, or mythological characters, such as Cadmus, Amphion or the Phoenix.

Keywords: Cortés, pen and sword, *laudes urbium*, *laus conditoris*, classic characters, Humanism.

Las *Cartas de relación*, escritas entre 1519 y 1526, son un palimpsesto ideológico que permite trazar una serie de binomios que constituyen la identidad de Hernán Cortés (1485-1547). El primero, bajo el cual se configuran los demás, es la imagen del militar y del letrado que se delinea en los trazos de su propia pluma en el concepto de *miles doctus* que surge a consecuencia de la refuncionalización del estamento nobiliario. Su empresa bélica corre a la par de la humanística; esta última se configura en su deseo de conocer aquello que le permita desvelar el secreto de los nuevos territorios y de las ciudades que hace suyas. Así, la conquista de estas últimas también se materializa en un itinerario retórico —sus *laudes urbium*— dentro de la escritura, lo que pone de relieve que mucho de lo que edifica con la pluma, lo destruye con la espada. Destrucción y fundación se convierten en el binomio que a su vez definirá otro más, aquel que se propone en la imagen postrera de Cortés, como fundador y edificador, asimilado en la Ciudad de México por medio de símiles y alegorías que constituyen otras dicotomías. Por tanto, el objetivo del presente trabajo es analizar cada una de estas vertientes en tres apartados que señalarán las coordenadas de la pluma y de la espada del conquistador extremeño.

LA EMPRESA HUMANÍSTICA

La imagen de Hernán Cortés se proyecta, entre los intersticios de su escritura, como un hombre con un pie en el Medioevo y con otro en el Renacimiento que busca, en una continuidad de sentido, dos rutas para ascender y alcanzar la fama: primeramente, por medio de su espada y, después, por su pluma, ambas en una estrecha relación. Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (concluida en 1568 y publicada en 1632) da cuenta de esas dos identidades, pues no solo elogia sus acciones militares, sino también sus dotes letradas:

Y era latino, e oí decir que era bachiller en Leyes, y cuando hablaba con letrados e hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros y en glosas, e en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica... (2011: 1009).

Baltasar Gracián, ya en pleno siglo XVII, también expone en *El héroe* (1637) esa dualidad que lo constituía:

Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español o César indiano el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos: cuando más, por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empujó a la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes (2001 [1639]: 33v-24r).

Para refrendar la primacía de las armas, Gracián construye un binomio en la hipálage de Alejandro español o César indiano, pues es un conquistador que oscila en dos tiempos, dos naciones y dos identidades para integrar la triada de quienes conquistaron el orbe: Alejandro, César y Cortés. Pero lo más interesante es lo que el polígrafo deja vislumbrar sobre la vulgar medianía de sus letras, porque no está tratando de denostar del todo su habilidad letrada, ya que refiere que “barajó” los dos empleos, esto es, que los “mezcló”¹ —aunque dando prioridad a las armas— de modo que sin sus hazañas, Cortés no hubiera llegado lejos, pero sin la pluma, éstas no se hubieran conocido a partir de la publicación de Cromberger en 1522. Su afición por las letras se constatará, años más tarde, en la fundación de su supuesta academia literaria, de cuya formación dio testimonio Pedro de Navarra, Obispo de Comenge, en sus *Diálogos muy sutiles y notables* (Zaragoza 1567):

Entre las Academias que había de varones Ilustres, en el tiempo que yo seguía la corte de aquel invictísimo César vencedor de sí mismo, era ya (y no de las postreras) la casa del notable y valeroso Hernán Cortés, engrandecedor de la honra y imperio de España, cuya conversación seguían muchas personas señaladas de diversas profesiones, por su gran experiencia y hechos admirables... (1567: 39r y 39v).

Como ha señalado María del Carmen Martínez, en Cortés “la acción y la escritura caminaron a la par” (2013: 32). Esta última era una suerte de autopropaganda en la que, como ese César indiano, difundía sus propias virtudes militares, aunque, según Gracián, sus dotes de letrado no fueran las mejores. En la obra de Bernal Díaz del Castillo también encontramos la equiparación con el paradigma anclado en César, quien en la *Guerra de las Galias* había dado testimonio, por medio de la escritura, de sus propios actos heroicos: “y en el vencer como Julio César” (2011: 741)². Pero más allá de esta relación, la que críticos como Manuel Alcalá consagraron varias páginas, es de interés poner énfasis en la dicotomía misma que revela un itinerario escritural como un programa de espacios que se recorren con palabras encaminadas a ser un discurso persuasivo o, al menos, a aparentarlo. En Cortés se deja ver una mentalidad renacentista anclada en las ideas del humanismo utópico que abreva en fuentes clásicas y bíblicas, no tanto en la búsqueda de paraísos, sino de

¹ S. v. ‘barajar’ (*Diccionario de Autoridades*).

² Al respecto de la relación con César y otros héroes clásicos, véanse Manuel Alcalá (1950) y Reynolds (1962: 259-271).

ciudades que se destruyen y construyen no solo con hechos heroicos, sino también con retórica pluma. Pero antes de entrar en ese otro binomio de los imaginarios de la conquista, hay que poner atención en que las *Cartas de relación* muestran que para apoderarse de un espacio, ya sea por medio de la escritura o por actos bélicos, primero hay que conocerlo. En este hecho se asoma parte de la estructura mental de la tradición humanística que justificaba la búsqueda del conocimiento que pretendía atravesar, con un sentido ideológico, aquel Atlántico por mucho tiempo vedado: “Universal condición es de todos los hombres desear saber”, decía Cortés, siguiendo a Aristóteles —primer libro de su *Metafísica*— en su carta de 1527 entregada a Álvaro de Saavedra Cerón (1990: núm. 72)³.

Cortés obtiene conocimiento por medio de la permisión de su empresa, pues no solo es un viaje al modo de las concepciones medievales que la anteceden, entre las que aparece el paradigma literario de Dante, quien plantea el viaje (o la curiosidad por saber) solo lícito en cuanto a la salvación del alma, o de Marco Polo, cuya búsqueda de conocimiento se justifica en función del comercio y sus rutas (Rossi, 2017: 24-25)⁴. Cortés es el portador y la suma de ambos sentidos en una unión paradójica: salvación y riqueza; aunque sabemos que el oro era el aliciente principal, pues los ingresos económicos de las Indias eran la garantía de los préstamos bancarios que más tarde pondrían en evidencia el fracaso de Carlos V que hereda su hijo Felipe II. El conquistador extremeño, con su audacia, establece una ruta del conocimiento en ambos sentidos para alcanzar la fama. Se apega a los deberes oficiales, estipulados en las “ordenanzas de descubrimiento y población” (Vilar, 2008: 40), esto es, al estudio de esas tierras recién encontradas a través de mapas trazados con líneas y con palabras llenas de tintes legales. No deja de expresar al emperador Carlos V que descubrir *el secreto* de la tierra es su prioridad. En la programática carta de Veracruz, en la que la voz Cortés de alguna manera está presente⁵, éste es uno de los argumentos principales para denostar la falta de atención de los otros enviados de Diego Velázquez. Por ejemplo, cuando los miembros del Cabildo se refieren a

³ El humanista Cervantes de Salazar, amigo y protegido de Cortés, empieza su primer Diálogo parafraseando la misma sentencia de Aristóteles, en boca de Gutierrez, al referirse a la necesidad de conocer cosas nuevas y variadas que Mesa le enseñará en México, pues el deseo de ver lo desconocido lo ha hecho atravesar el Atlántico: “Nihil homini tam naturale, vel Aristotele teste, quam sponte ferri et rapi in sapientiae cognitionem, quae cum multarum et maximarum rerum notitia sit, varietate delectat” (Nada es tan natural al hombre, y así lo dice Aristóteles, como sentir una inclinación innata e irresistible a adquirir la sabiduría, que por abarcar tantas y tan elevadas materias, nos encanta su variedad”. 1875 [1554]:18 y 19). En adelante citaré por la traducción de Joaquín García Icazbalceta, a menos que se indique lo contrario. Sobre el humanismo de Cervantes de Salazar, véase la tesis de doctorado de Sanchis Amat (2012).

⁴ Para más información sobre la prohibición del conocimiento en estos siglos, véase Ginzburg (1976: 28-41).

⁵ Aunque algunos críticos no atribuyen esta carta a Cortés, hay un consenso general en que sus consideraciones están latentes. Para un resumen sobre las distintas posturas, véase Beatriz Aracil Varón (2016: 53-57).

las incursiones de Juan de Grijalba señalan: “Se tornó a sus naos sin calar la tierra ni saber el *secreto* della, lo cual no debieran hacer, pues era menester que la calara y supiera para hacer verdadera relación a vuestras reales Altezas...”; y sobre las de Francisco Fernández de Córdoba y de las del mismo Grijalba sentencian:

Vuestras Reales Altezas pueden creer que todas las relaciones que desta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los *secretos* dellas más de lo que por sus voluntades han querido escribir (2016: 113 y 116).

En las subsecuentes cartas se vuelve a observar que la búsqueda del secreto de distintos espacios, recursos naturales y de los habitantes es uno de los principales objetivos; en la *Segunda relación* Cortés menciona su interés por conocer sobre el volcán Popocatepetl: “Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a Vuestra Alteza muy particular relación quise desta que me pareció algo maravillosa saber el *secreto*...” (2016: 198). En la *Tercera relación* vuelve a hacer varias alusiones al término “secreto”, en una de ellas lo vincula con el conocimiento cosmográfico que derivará de la expedición a la Mar del Sur y que traerá riquezas y cosas admirables a la Corona:

Y estaba muy ufano porque me parecía que en la descubrir se hacía a Vuestra Majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y espierencia en la navegación de las Indias han tenido por muy cierto que descubriendo por estas partes la Mar del Sur, se habían de hallar muchas islas ricas de oro y piedras y perlas preciosas y especería y se habían de descubrir y hallar otros muchos *secretos* y cosas admirables. Y esto han afirmado y afirman también personas de letras y espierimentadas en la ciencia de la cosmografía (2016: 432).

Para la *Cuarta relación* podemos ver otras menciones sobre la búsqueda de los secretos de la provincia de “Mechuacán” o Michoacán: “... envié a ella un capitán con setenta de caballo y docientos peones bien aderezados de sus armas y artillería para que viesen toda la dicha provincia y *secretos* della, y si tal fuese, que poblasen en la cibdad principal, Huicicila” (2016: 458). En esta misma carta también sobresale el pesar de Cortés por los estorbos de la armada que le impiden conocer los secretos de la costa que está entre el Pánuco y la Florida: “Muchos caminos déstos se hobieran hecho en esta tierra y muchos *secretos* della tuviera yo sabidos si estorbos de las armadas que han venido no los hobieran impedido” (2016: 495-496). En la *Quinta relación*, distintas expediciones revelan el mismo interés pero ahora vinculado, de manera más obvia, al servicio que rendía, no solo al rey, sino también a Dios, y, por tanto, a la verdad:

Porque demás de no poder hacer otra cosa sino buscar de comer para aquella gente, pudiera ser que Dios Nuestro Señor fuera servido que de allí se supiera algún *secreto* en que yo pudiera servir a vuestra majestad (2016: 594).

Entre la costa del norte y la provincia de Michuacán hay cierta gente y poblaciones que llaman chechimecas. Son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas otras provincias. También envió agora sesenta de caballo y doscientos peones con muchos de los naturales nuestros amigos a saber el *secreto* de aquella provincia y gentes (2016: 659).

Yo trabajaré de saber el *secreto* desto y haré dello a Vuestra Majestad verdadera relación (2016: 565).

Cortés se erige voluntariamente, desde una mentalidad humanista, como el paladín del conocimiento de las nuevas tierras⁶: él sí develará su secreto, porque ese árbol del conocimiento no está vedado para él. Asimismo, es de interés que use dicho término, porque deja inferir que busca una revelación que renueve su realidad histórica, la que, como veremos, se elaborará a partir de los imaginarios y utopías retóricas que conformaron un itinerario escritural. Pero Cortés no asienta su imaginario en la búsqueda de paraísos, porque la experiencia enseña que los paraísos se pierden y son parte de una historia primigenia con la que él no se siente identificado. A esas alturas, la historia está en el final de los tiempos, en el milenarismo del *Libro de las revelaciones* o *Apocalipsis* donde las ciudades ocultas aparecen, como revelaciones, para ser conquistadas, destruidas o refundadas. Revelar un secreto es descubrir la verdad, y las ciudades, como demostración de una organización humana que suma arte y naturaleza, serán un elemento imprescindible para justificar la empresa bélica y letrada de ese *miles doctus* en las tres primeras *Cartas de relación*.

LAS CIUDADES DISCURSIVAS DE CORTÉS: EL ITINERARIO RETÓRICO DE SUS LAUDES URBIVUM

La construcción de las ciudades discursivas de Cortés dependió del ángulo visual trazado por su pluma. Podemos imaginar una representación alegórica en la que su ingenio de letrado se eleva como esa águila del *Apocalipsis* para adentrarse en la revelación de un saber oculto. San Juan es quien ve la ciudad celestial o la Nueva Jerusalén y la describe como el paradigma de perfección; paralelamente, Cortés establece en su escritura una forma de asimilar visualmente la perfección de las ciudades que va recorriendo para culminar con Temixtitlan o Tenochtitlan en una descripción antigua pero renovada sobre la que los letrados establecerán la imagen del conquistador con la investidura de personajes del mundo clásico, relacionados directamente con la destrucción y edificación de ciudades como veremos en el último apartado.

⁶ Tzvetan Todorov en su conocida obra sobre la conquista de América (2001: 106-136) plantea, como un elemento esencial, la búsqueda de conocimiento, pero sin definirlo como característica inherente a la mentalidad humanista.

A veces se pierde de vista que hay un prelude de ciudades que configuran la gran ciudad de Tenochtitlan convertida en *Nueva Jerusalén* o, mejor aún, en parte de ese vasto territorio que el conquistador nombra como *Nueva España*; de ahí que sea importante dar cuenta de estas descripciones que se desarrollan en tensiones de construcción y destrucción, pues Cortés con la escritura construye ciudades —a partir del encomio— pero con su estrategia militar las destruye. Para decirlo de otra manera: mientras que el Cortés-militar somete y destruye ciudades con la espada, el Cortés-letrado corta la pluma para construirlas en su escritura a partir de la tradición clásica de la *laus urbis* o la alabanza de la ciudad que convive en ecléctica armonía con la tradición bíblica mencionada. La unión de ambas deja ver su formación, por un lado, de hombre medieval, pues dicha tradición, en este periodo histórico, abrevó sobre todo en los libros *Isaías* y *Ezequiel*, del Antiguo Testamento, y en el *Apocalipsis* de san Juan, quien observa, admirado, la perfección de la ciudad celestial frente a la destrucción de la Jerusalén terrenal o de Babilonia, acontecimientos que san Agustín retoma en su *Civitas dei* (a partir del libro XI). Por otro lado, de hombre del Renacimiento, pues conforme nos acercamos a dicha época, los modelos clásicos están más presentes en este género encomiástico, que aunque en su raigambre clásica remita a meros ejercicios escolares de retórica o *progymnasmata*⁷, que tienen continuidad en este periodo, su idealización y utilidad es mayor en un sentido político.

El contexto renacentista es la clave para entender no solo el ansia de conocimiento —y la audacia para conseguirlo— al que hemos aludido, sino la forma y la importancia de conocer y dar a conocer las ciudades que van del imaginario a las proyecciones artísticas. El humanismo, según Francisco Rico, “fue un sueño, porque vislumbró el trazado de la ciudad ideal” (2018: 17), pero no solo lo vislumbró, sino también acometió la empresa desde las nuevas concepciones del espacio y de la perspectiva reflejadas en la pintura y en la arquitectura. La visión tridimensional permitió que la retina se apoderara de lo “real” —en la que Giotto es el primer ejemplo en la capilla de los Scrovegni— y sobre la que León Battista Alberti, Andrea Palladio, entre otros, trazan sus reflexiones sobre arquitectura. Es curioso que Durero, quien define el término perspectiva como *mirar a través* (Panofsky, 2003: 11), elogie la Tenochtitlan trazada por Cortés como ciudad ideal a partir de esa maravillosa xilografía que Fridericum Peypus Arthimesius publica en 1524 junto con la edición latina de la *Segunda relación*⁸.

Bajo esta óptica no es fortuito que Cortés utilice los *verba videndi* —muy comunes en relatos de viajes— para dar legitimidad a sus palabras que configuran los trazados de ciudades ideales, pero reales según el testimonio de su escritura; y tampoco que recurra a este género epidíctico que toma mayor fuerza en este

⁷ Tomo el excursus histórico sobre el género de Ruth (2011).

⁸ Sobre el análisis de este mapa, véase el interesante artículo de López Parada (2013: 158-186).

periodo sobre todo porque revaloriza, a partir de fuentes clásicas, el punto de vista individual y político para imponer un orden. La *Laudatio Florentine urbis* (1404) de Leonardo Bruni, se establece como primer ejemplo renacentista que expone la necesidad de hacer un encomio enfatizando la perspectiva ideológica, desde la que se postula un orden interno concéntrico a partir de las cualidades de la ciudad: belleza y capacidad para la guerra, las que, a su vez, la hacen acreedora de dominar el mundo entero⁹. Aunque Florencia es una ciudad real, las palabras de Bruni no dejan de lindar con el “deber ser” que proyecta una ciudad ideal, de ahí que se le pueda vincular con textos posteriores como la *Utopía* (1516) de Thomas More, la *Civitas solis* (1602) de Tomasso Campanella y *Nova Atlantis* (1626) de Francis Bacon que abrevaron en las ideas clásicas de Arístides, Hermógenes, Platón, Cicerón, Quintiliano, Menandro el rétor, pseudo-Dionisio, entre otros. Quintiliano en su *Institutio oratoria*¹⁰ —redescubierta en 1417 por Bracciolini— marca la pauta de este ejercicio retórico, pues sistematiza el orden de la *laus urbis* en tres características: la alabanza al origen, sus hechos históricos o su entorno y riqueza natural. Menandro el rétor, en el “Tratado I” de *Sobre discursos demostrativos*¹¹ —impresos en 1508 en la edición de Aldo Manuzio de *Rhetores Graeci*— plantea otros elementos que colindan con los de Quintiliano: situación o ubicación, naturaleza, origen, actividades y logros que incluyen las construcciones y edificaciones dignas de elogio¹². No se puede asegurar que Cortés conociera directamente estos modelos, pero sí podemos establecer, a partir de sus intereses fincados en corrientes humanísticas, que en sus *Relaciones* hay una continuidad de sentido con esta tradición que posiblemente se haya establecido por las mediaciones de los textos italianos bien conocidos en la Península, que le dejarían ver cómo dichos encomios constituían una propaganda que entrañaba intereses económicos y políticos.

Las características de ese humanismo cívico, según apunta Jeffrey Ruth, se diferenciaban de su antecedente medieval, sobre todo en que había una mayor politización. En España se inscriben, bajo esta óptica humanística, la *Suma política* (1455) de Rodrigo Sánchez Arévalo, la *Muestra de historia de las antigüedades de España* (1499) de Antonio de Nebrija, *De laudibus hispalis* (1455) de Alfonso de Palencia, *Cordubae descriptio* (1480) de “Gerónimo”, *Oratio de laudibus Alcagnicii* (1506) de Juan Sobrarias, solo por nombrar algunas, pues vendrían otras tantas en el siglo XVII. Como se observa, se trata de un fenómeno que sucede en el periodo de expansión de la península ibérica (Ruth, 2011: 219-255). Las categorías retóricas, que los humanistas recrearon literariamente, de ninguna manera se vaciaron

⁹ Después de Bruni, vienen los elogios de Decembrio en 1435 (Milán), Manetti en 1436 (Génova), Piccolomini en 1438 (Basilea). Véase Ruth (2011: 195-209).

¹⁰ Quint. *Inst. Or.* III, 7, 26.

¹¹ Men. *Disc.* 344-367.

¹² Men. *Disc.* 351, 10.

de significado político, más bien dejaron ver el influjo de textos neoplatónicos que tomaron auge en el siglo XV, pues, como señala Jean Pierre Vernant:

Platón, cuando quiere mostrar cómo se edifica una ciudad dice que debe ser encomendada a un rey-tejedor. ¿Por qué? Cuando uno se dispone a tejer, cuenta con la cadena, elemento masculino, y la trama, elemento femenino. En griego las palabras que designan la cadena son masculinas... ¿Qué hace Clístenes cuando se apresta a fundar la ciudad? Se esfuerza por unir, en las nuevas instituciones que crea, las partes de Atenas que eran partidos diferentes, la costa, el interior montañoso y la ciudad para que cada tribu implique una parte de esos tres elementos (2002: 28-29).

Curiosamente el primer hecho registrado después del desembarco en las costas del Golfo de México es la fundación de una villa bajo la institución del Cabildo, La Rica Villa de la Vera Cruz, en cuyo nombre se anticipa la petición de principios de la conquista: riqueza y salvación del alma. Cortés es quien comienza a tejer esas tramas escriturales sobre un primer espacio institucional, el espacio de esa supuesta *civitas* legitimado en la misma escritura.

América, como señaló Ángel Rama, fue la primera realización material de ese ensueño urbano y son los letrados quienes lo explican a partir de sus proyecciones teóricas ideales que se construyen en la jerarquía y el orden (1998: 18-19)¹³. Cortés sabe que para imponerse y legitimar su dominio frente a sus adversarios, encabezados por Velázquez, debe fundar el principio organizativo de una ciudad, después poblar. La institución queda fundada, pero para completar su legalidad, hace falta establecerla bajo un género epidíctico que realce la empresa: la *laus urbis*; no obstante, su todavía villa no tiene edificaciones dignas de alabanza y los actos heroicos apenas empiezan a vislumbrarse, así que su desplazamiento descriptivo extenderá sus hilos a esas otras urbes de las que tomará esos atributos recién descubiertos o revelados; su obra culminará en la gran ciudad de Tenochtitlan: su destrucción y su refundación. Pero esa primera fundación en Veracruz se acompaña de la legitimación de la imagen del fundador, quien se convierte en Alcalde mayor, pues posee la excelencia moral que le atribuyen los supuestos letrados que hacen la relación al rey en la llamada *Carta de Veracruz* y que se sustenta en los conceptos de *dignitas* y *auctoritas*. Es claro que el influjo de la *República* de Platón, desde la perspectiva de Ficino, y de los rétores deja ver la pátina ética que cubre estas descripciones que se pueden insertar en la tradición del elogio de la ciudad.

Esa primera idea de elite de poder halla su plenitud en las urbes que el conquistador extremeño recorre descriptivamente para revelar su secreto; estas, antes enemistadas, comenzarán a unirse por ese mismo rey tejedor¹⁴. Sus descripciones,

¹³ Véase también Kagan (2000: 19-44).

¹⁴ Sobre la construcción lingüística las otras ciudades de Cortés y sobre las funciones que cumplen en el entramado del discurso del poder, véanse Zambrana (2007: 69-78) y Añón (2010: 50-60).

que irán *in crescendo*, se van a ceñir, en cuanto al género retórico, sobre todo a una búsqueda de grandeza en las edificaciones, que expone el grado de cultura y civilización, y en la naturaleza del lugar.

En este sentido, observamos cómo en La *Carta de Veracruz* se construyen estas categorías empezando con la ciudad de Cempoala y su situación geográfica: “La tierra dentro y fuera de dichos arenales es tierra muy llana y de muy hermosas vegas y riberas en ella, tales y tan hermosas *que en toda España no pueden ser mejores* ansí de apacibles a la vista como de frutíferas...”; además se expone que es una buena zona para pastoreo y para encontrar oro como en la mítica Ofir; se describe el atavío morisco de su gente y se presenta un somero esbozo de las construcciones de los nobles: casas bien concertadas de cal y canto muy amoriscadas en sus techos. Las de los principales son frescas y tienen albercas y grandes patios, donde hay mezquitas, que “son las mayores y mejores y más bien obradas que en los pueblos hay, y tiénenlas muy ataviadas con plumajes y paños muy labrados con toda manera de gentileza...” (2016: 139-143). Estas primeras señas se establecen bajo términos de comparación (‘amoriscadas’, ‘mezquitas’) y superlativos (“en toda España no pueden ser mejores”) que concuerdan con algunas de las preceptuadas categorías retóricas —ubicación, naturaleza y edificaciones— del encomio de ciudad. No obstante, aunque la naturaleza del lugar excede a la de España, no deja de llamar la atención que el principio comparativo, en cuanto a la cultura, es peyorativo, porque se establece en el campo semántico de los moros, enemigos desde tiempo de los Reyes Católicos y cuya expulsión de la Península finaliza en 1613. Este hecho nos deja ver una veta ideológica que empalma con un sentido de guerra justa, ya que la infidelidad de los dos pueblos era equivalente. Este argumento será discutido por fray Bartolomé de las Casas, en su discurso sobre la esclavitud, bajo el presupuesto de que la guerra hacia los moros sí era justa en virtud de que conocían el cristianismo, mientras que la ejercida hacia los nativos de estas tierras, no lo era.

No obstante, los términos de comparación en la *Segunda relación* dejan de ser peyorativos y se establecen en ciudades dignas de alabanza. Por ejemplo, Cortés designa a la misma Cempoala como Sevilla: “que yo intitulé Sevilla” (2016: 162). No sobra decir que la ciudad andaluza tenía una tradición de encomios llamados *laus hispalis* —Alfonso Álvarez de Villasandino, Marqués de Santillana, Luis de Peraza, Alonso de Morgado, Alfonso de Palencia, entre otros (Ruth, 2011: 179-192)—, así que la referencia magnificaba la belleza y el valor de Cempoal (Cempoala), sobre todo porque sus pobladores se habían convertido en leales vasallos del rey sin oponer resistencia. Se observa que, conforme avanza la empresa de Cortés, hay una arquitectura más elaborada que lo lleva a establecer un encendido elogio, por ejemplo, respecto a Caltanmy (Zautla), otra amigable población “que tenía las mejores y más bien labradas casas que hasta entonces en esta tierra habíamos visto porque eran todas de cantería labradas y muy nuevas.

Y había en ellas muy grandes y hermosas salas y muchos aposentos muy bien obrados” (2016: 171). En este sentido, continuará describiendo edificaciones que se encuentra en el camino, como la fortaleza de Yztacmastitan (san Francisco Ixtaquimaxtitlán) que es “la mejor fortaleza que hay en la mitad de España y mejor cercada de muro y barbicanes”, que además tenía una población con muy buenas casas (2016: 172).

Pero la ciudad de Tascaltecal (Tlaxcala), aun pese a la resistencia de Xicotencatl y su gente, recibe uno de los mayores encomios que hasta ese momento la pluma de Cortés ha descrito. Es inevitable pensar que entre mayor sea la resistencia y la violencia que ejerce el conquistador extremeño, mayor es el elogio a la grandeza de la ciudad:

... la cual ciudad es tan grande y de tanta admiración que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte y de tan buenos edificios y de mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es pan y de aves y caza y pescado de ríos y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas (2016: 184-185).

Posteriormente hace una detallada descripción del mercado y de sus productos, como la loza, la que para él es mejor que la de España, y de la presencia de barberías y baños. Advierte sobre la buena policía y la razón de su gente (mayor que la de los moros): “... que entre ellos hay toda la manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y tal que lo mejor de África no se iguala” (2016: 185). Asimismo, describe la belleza geográfica y compara la forma de gobernar con las de las señorías de Venecia, Génova o Pisa, —modelos de ciudades renacentistas— “porque no hay señor general de todos” (2016: 185). Finalmente, encomia sus estrategias militares y la justicia que ejercen para castigo de los malhechores.

No se puede negar que Cortés sigue las reglas de estos artefactos retóricos: sobrepone a dicha ciudad los orígenes de Granada o su reconquista —otra ciudad con tradición encomiástica, cuyos antecedentes están en Juan de Mena y los Romances fronterizos— habla de su orden, gobierno, edificios y virtudes para la guerra, y, finalmente, de su situación geográfica. Hay que añadir que la falta de parámetros de comparación para describirla también es parte de los recursos retóricos del género; esto es, se vale de la invocación del tópico de la inefabilidad para mover a admiración. Recordemos que este elemento va en concordancia con el uso de superlativos que Menandro el rétor establecía para su crear la idea de la más célebre ciudad¹⁵. La paradójica unión con lo ya visto y lo inefable es la mejor vía para dar a entender que hay una revelación de algo nuevo que se ha descubierto: una ciudad ideal. A medida que se avanza, Cortés no deja de quebrar

¹⁵ Men. *Disc.* 349 15.

la relación entre significante y significado valiéndose de la metáfora *renovatio antiquitatis* para crear una sensación de novedad.

Así, después de la matanza de Churutecal (Cholula) alude a que logra pacificar la ciudad, aquella que, curiosamente, seguía casi igual de poblada que antes ésta. De manera inmediata, se vale de las categorías del género epidíctico para definirla como la más hermosa que ninguna en España; a dicha hipérbole añade la descripción de su situación geográfica, de su gente y de sus mezquitas:

Esta ciudad de Churutecal está asentada en un llano y tiene hasta veintemil casas dentro en el cuerpo de la cibdad y tiene de arrabales otras tantas. Es señorío por sí y tiene sus términos conocidos [...]. La gente de esta cibdad es más vestida que los de Tascaltecal en alguna manera, porque los honrados cibdadanos della todos traen albornos encima de la ropa, aunque son diferenciados de los de África porque tienen maneras [...]. Esta cibdad es muy fértil en labrazas, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte de ella, y aun *es la cibdad más hermosa de fuera que hay en España*, porque es muy torreada y llana. Y certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha cibdad, y todas son mezquitas (2016: 195).

El mismo recurso de hiperbolización, en cuanto a la belleza, se repite para distintas cualidades; lo vemos en la descripción de esa innominada ciudad (Tláhuac) por la que van de paso: “... fuimos a dar en una cibdad *las más hermosa* aunque pequeña que hasta entonces habíamos visto, así de muy bien obradas casas y torres como de la buena orden que en el fundamento della había, por ser armada toda de agua” (2016: 205); en cuanto a Iztapalapa, opta por usar símiles para describir sus construcciones:

Terná esta cibdad de Yztapalapa doce o quince mill vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada grande [...]. Tiene el señor della unas casas nuevas que aún no están acabadas que *son tan buenas como las mejores de España* —digo, de grandes— y bien labradas, ansí de obra de canatería como de carpintería y suelos y cumplimientos para todo género de servicio de casa, excepto masonería y otras ricas que en España usan en las casas, [que] acá no las tienen. Tienen muchos cuartos altos y bajos, jardines muy frescos de muchos árboles y flores olorosas [...]. Tiene una muy grande huerta junto a la casa [...]. Y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería, y alrededor de ella un anden de muy buen suelo ladrillado... (2016: 206).

Respecto a Mesicalcingo (Mexicalcingo), Caluaalcan (Coyoacán) y Huchilohu-chico (Churubusco) hace una somera descripción de sus recursos —sobre todo la referencia al comercio de la sal— pero omite el encomio (2016: 207). Respecto a Tescocu (Texcoco) y sus ciudades, vuelve a encomiar sus construcciones: “Tienen señor en ella, muy maravillosas casas y mezquitas y oratorios muy grandes y muy bien labrados. Hay muy grandes mercados” (2016: 225).

En todas estas descripciones, el lector es testigo de que cada ciudad que salta a la vista es la más hermosa que Cortés ha visto hasta ese momento, porque nos descubre la maravilla de su secreto, aunque siempre con los mismos recursos retóricos que crean la falsa impresión de admiración y novedad; curiosamente, lo novedoso reside sobre todo en las edificaciones, iguales o mejores que las de España, pues se convierten en testimonios, desde el humanismo cívico, de la arquitectura y la apropiación del espacio. Por tanto, estas relaciones son el preludio retórico de alabanza a Tenochtitlan de la que sabe, por boca de Moctezuma, su origen y sobre la que afirma azorado:

Porque para dar cuenta, muy Poderoso Señor, a Vuestra Real Excelencia de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta grand cibdad de Temixtitán [...] sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos, no podré yo decir de cient partes una de las que dellas se podrían decir, mas, como pudiere, diré algunas cosas de las que vi que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender. [...] porque me parecía justo a mi príncipe y señor decir muy claramente la verdad sin interpolar cosas que la disminuyan y acrecienten (2016: 232).

El uso de los verbos de vista, las hipérboles y la inefabilidad, recursos retóricos que ya había usado para Tascaltecal y las demás ciudades, en este caso recuerdan a esa ciudad celestial revelada a san Juan, quien no puede más que decir la verdad de lo que ve hasta donde el lenguaje se lo permite. Cortés se dispone, una vez más, a sacar referentes de ciudades encomiadas de la tradición literaria como Sevilla y Córdoba, en cuanto a tamaño; describe su ubicación en el agua, el perfecto trazado de la ciudad, su organización y compara la grandeza de la plaza que alberga el gran mercado con la de Salamanca, sobre cuyos productos no tiene palabras para nombrarlos: “se venden todas las cosas cuantas se hallan en toda la tierra, que demás de las que dicho son tantas y de tantas calidades que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber poner los nombres no las expreso” (2016: 236). Respecto el Templo mayor o la principal mezquita vuelve a quedar sin palabras:

No hay lengua humana que sepa explicar la grandeza e particularidades della, porque es tan grande que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos [...] Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas [...] la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas así de cantería como de madera que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte (2016: 237-238).

Sucede de la misma manera con la descripción de las “maravillosas casas” —que en ese punto no se asemejan en nada con las de España— con la comida,

con el zoológico, con la grandeza de Moctezuma, etcétera. Cortés echa mano de la retórica de la *laus urbis* para revelar lo inefable en un proceso de acumulación en la que salen a relucir los referentes de todas las ciudades que ha ido uniendo en su tejido¹⁶. En este punto, la descripción que ofrece, años más tarde, Bernal Díaz del Castillo expone cómo Cortés y sus hombres admiraban, desde lo alto del gran cu, esa ciudad ideal, pues justamente era unión de muchas ciudades en una sola (2011: 334). Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España* (1575), no dejará pasar la oportunidad de hacer referencia a este mismo episodio:

Cortés, puesto en lo alto, a una parte y a otra la más hermosa vista que jamás había visto, no se hartaba de verla, dando gracias a Dios y diciendo a los suyos: [...] aquí está la cabeza donde el demonio principalmente tiene su silla, y rendida y subjectada esta ciudad, será fácil conquistar todo lo de adelante (1914: 310)¹⁷.

Pero desde la perspectiva militar y cristiana, Cortés contrapone a su admiración, que motiva el encomio, la reprobación de las prácticas idólatras dentro de la ciudad. La destrucción comienza por denostar las proyecciones ideológicas del otro: sus dioses. En este aspecto el conquistador toma una distancia ideológica sobre esta ciudad, aunque después vendrá la distancia física; en un primer momento a causa de la armada Pánfilo de Narváez y, en un segundo momento, por la huida en la llamada Noche triste. Cortés deja ver, en ese primer alejamiento y al enterarse de la matanza de los jefes a manos de Alvarado, que no solo perdería las riquezas, sino ese tejido unido a “la más noble y mejor ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo, [pues] ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado por ser la cabeza de todo” (2016: 268). Así, después de la huida, el conquistador se planta, anticipadamente con su escritura, en aquel vacío y destrucción, de modo que antes de tomarla por la espada, la hace suya con la palabra y la nombra, junto con las demás ciudades del tejido: Nueva España. El paradójico nombre remite a esa renovación histórica que el conocimiento de estas le permitió trazar.

El regreso de Cortés para destruir esa gran urbe, construida con hipérbolés, es equivalente a la magnitud de su ahora “reconquista”. Es aquí donde comprendemos el sentido político de sus *laudes urbium* y del cambio del ángulo visual entre el escritor y el militar: si las ciudades no pueden asirse por la palabra, será por la espada, y ahora ambas se acompañarán. Así, el recurso de la hipérbole funciona por extensión para construir una suerte de *lamentatio urbis*, otra composición de corte retórico a la que Cortés recurrirá, hasta cierto punto, para dolerse de la necesaria e inminente destrucción de la ciudad:

¹⁶ Sobre la descripción de Tenochtitlán como la primera *laus urbis* en América, véase Sanchis Amat (2011: 43-50).

¹⁷ Respecto a la relación entre la escritura y la ciudad de Tenochtitlan, véase Glantz (1992:45-59).

Y yo, viendo como *éstos de la cibdad* estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, y a ellos y a su *ciudad* no los acabar de destruir, *porque era la más hermosa cosa del mundo* (2016: 240).

La ciudad paulatinamente se convierte en una simple ciudad terrenal, una Jerusalén o Babilonia que deber ser quemada aun pese a que se valore su hermosura y grandeza. Su degradación conlleva la pérdida de orden y jerarquía, pues se han sublevado a ese rey tejedor. Por tanto, los rebeldes se convierten en la ciudad misma, de ahí que los designe continuamente en su *Tercera relación* como “los de la ciudad”. Cortés muestra su pesar por la destrucción, pero deja ver que quemar sus edificaciones, aquellas que tanto había elogiado, es la única vía para traer orden:

Viendo que *éstos de la ciudad* estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, cogí dellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado; y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenía más sentimiento, y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma tenía para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacía sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas. E porque lo sintiesen más, este día fice poner fuego a estas casas grandes de la plaza, donde, la otra vez que nos echaron de la ciudad, los españoles y yo estábamos aposentados, que eran tan grandes, que un príncipe con más de seiscientas personas de su casa y servicio se podía aposentar en ellas; y otras que estaban junto a ellas, que, aunque algo menores, eran muy más frescas y gentiles, y tenía en ellas Muteczuma todos los linajes de aves que en estas partes había; y aunque a mí me pesó mucho dello, porque a ellos les pesaba mucho más, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y también los otros sus aliados de la laguna, porque éstos ni otros nunca pensaron que nuestra fuerza bastase a les entrar tanto en la ciudad; y esto les puso harto desmayo (2016: 222).

“Quemar y allanar” la urbe lleva a establecer la relación con la destrucción de Jerusalén, cuya referencia aparece mencionada por varios cronistas; Bernal Díaz del Castillo menciona:

Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortandad que ésta, no lo sé cierto, porque faltaron en esa cibdad tantas gentes, guerreros que de todas las provincias y pueblos sujetos a México que allí se habían acogido todos los más murieron” (2011: 679).

También Motolinía, en su *Historia de los indios de la Nueva España* (iniciada en 1536 y presentada fragmentariamente en 1541) se vale de la misma equiparación: “En esta guerra [...] dicen ser más que los que los que murieron en Jerusalem, cuando destruyó Tito y Vespaciano” (1858: 17).

No obstante, una vez lograda la reconquista, Cortés justifica la destrucción a través de la rápida edificación de una nueva ciudad ideal, una nueva Jerusalén fundada por él, pues tal como lo hizo con su primera villa estará cimentada sobre una elite de poder, por lo que no está fuera de lugar que adelante encomios sobre la grandeza que tendrá:

... y ansimesmo viendo que la cibdad de Temixtitán que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha fecho, paresciónos que en ella era bien poblar, porque estaba toda destruida. Y yo repartí los solares a los que se asentaron por vecinos, y fizose nombramiento de alcaldes y regidores [...]. Y entretanto que las casas se hacen acordamos de estar y residir en esta cibdad de Cuyuacan, donde al presente estamos de cuatro o cinco meses acá que la dicha ciudad de Temixtitán se va reparando. Está muy hermosa, y crea V. M. que cada día se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué principal y señora de todas estas provincias todas, que lo será también de aquí adelante. Y se hace y hará de tal manera que los españoles estén muy fuertes y seguros y muy señores de los naturales, de manera que ellos en ninguna forma puedan ser ofendidos... (2016: 436).

Como se observa en las últimas líneas, hay un proyecto de trazado y distribución de la ciudad que muestra el ideal de orden sobre el pueblo conquistado. Este hecho incluye, como señala en su *Cuarta relación*, la hechura de las casas, aquellos que finalmente sí serán los mejores:

Y hánse dado tanta priesa en hacer las casas de los vecinos que hay mucha cantidad dellas hechas y otras que llevan ya buenos prencipios, porque hay mucho aparejo de piedra, cal y madera, y de mucho ladrillo que los naturales labran, hacen todos tan buenas y grandes casas, que puede creer V. S. M. que de hoy en cinco años [escrito en 1524] será la más noble y populosa ciudad que haya en lo poblado del mundo, y de mejores edificios (2016: 503).

Cortés muestra que de aquí en adelante será más fácil construir una *laus urbis* a la luz de sus propios logros heroicos, sus edificaciones y la ubicación geográfica de la nueva Ciudad de México, sin tomar préstamos de las otras ciudades entretrejidas que quedaron en el pasado junto con Tenochtitlan. El interés humanístico y la búsqueda de conocimiento en la escritura se subordina al *miles* que ordena —con la escritura también— destruir para luego edificar una revelación. Se podría afirmar que este es el hito que marca cómo se proyectará la imagen del conquistador extremeño para encomiarlo o denostarlo. Es de interés analizar cómo, posteriormente, algunos letrados construyen, sobre los cimientos de la ciudad —*La ciudad letrada* de Rama— la imagen del ahora sí *conditor* o fundador, a partir de paradigmas del mundo clásico que se relacionan justamente con la destrucción y reedificación de ciudades. Se establece, por tanto, el binomio retórico Cortés-ciudad, a través de una mitificación¹⁸, como veremos a continuación.

¹⁸ Véase el trabajo de Beatriz Pastor (1983: 113-223), quien plantea la idea de ficcionalización del discurso que llega a la mitificación de su protagonista.

LAUS CONDITORIS: EL BINOMIO CORTÉS-CIUDAD

Encontramos testimonios de dicho binomio en algunas de las crónicas donde se denuestan las acciones de Cortés en la conquista. Sabido es que fray Bartolomé de las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de Indias*, presentada a Carlos V y al Consejo de Indias en 1545, comparó la matanza y quema de Churutecal con las acciones de Nerón contra Roma al referir cómo ese Nerón-Cortés cantaba un conocido romance, mientras los soldados mataban y quemaban a algunos en el patio:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía.
Gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía (1991 [1598]: 31).

Asimismo, Diego Durán, en su *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* (segunda mitad del siglo XVI), hizo referencia al romance —haciendo eco a lo dicho por De las Casas— pero, en este caso, para aludir a la matanza de los sacerdotes en el Templo mayor en la que, según su crónica, también participó Cortés:

En este punto dicen que, oyendo algunos capitanes los clamores y llantos de las mujeres y niños y el alboroto y vocería de la Ciudad, que empezaron a referir el romance que dice, *mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía* [...]. Lo cual hallé referido en un tratado, en el cual refería esta vuelta por la mayor y más atroz que se cometió en esta tierra contra la flor y nobleza de México¹⁹...

La defensa no se hizo esperar, pero se relacionó sobre todo con las acciones de Cortés sobre Tenochtitlan. El poeta criollo Antonio Saavedra Guzmán, en *El peregrino indiano* (1599), justificó dichas atrocidades, al dar cuenta de que Cortés, a diferencia de Nerón, sí se dolía constantemente de tener que destruir la ciudad: “No como el cruel Nerón cuando se ardía” (1599: 327r). También Bernal Díaz del Castillo incluyó en su *Historia verdadera* una defensa en la que contrapone, a la imagen de ese cruel Cortés, uno melancólico con la mano en la mejilla que había huido de la ciudad en la Noche triste:

Acuérdome que entonces lo dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez, que después de ganada la Nueva España fue fiscal en México: “Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaescer, y no se dirá por vuestra merced: «Mira Nero de Tarpeya / a Roma cómo se ardía»” (2011: 596).

¹⁹ Durán refiere dos veces este hecho, páginas más adelante, donde cuenta que Cortés ya había vuelto a la ciudad y que él fue quien pidió a Moctezuma que se reunieran todos los nobles mexicanos (1880: 43 y 82).

Para los detractores, la figura de Nerón funcionaba como una hipérbole que definía la crueldad del conquistador extremeño, pues la imagen de Roma ardiendo constituía el campo semántico perfecto que designaba la relación de Cortés con la destrucción de la ciudad y su población por fuego. La defensa de Saavedra Fajardo y Bernal Díaz no podía más que apelar a las emociones al evidenciar el gran pesar de Cortés, descrito por él mismo en sus cartas, frente a la obligación de destruir y quemar Tenochtitlan en beneficio de la conquista. Bajo esta justificación y negación se quería contrarrestar el efecto que podía causar el símil del fiero Nerón²⁰.

No obstante, no todas las defensas que definieron el binomio Cortés-ciudad funcionaban como una falacia de apelación a la piedad o negación, sino que también, por medio de una oposición con otros personajes de la cultura clásica, reivindicaban esa relación, en la que la destrucción se veía como un nuevo y glorioso comienzo. Espigaremos tres ejemplos que aparecen en las obras de Cervantes de Salazar, Bernardo de Balbuena y Arias de Villalobos que, además, se inscriben dentro de la tradición de la *laus urbis*.

Cervantes de Salazar nos da la primera pista de la estrategia que justifica las acciones sobre la ciudad del autor de las *Cartas de relación*. En su *Crónica de la Nueva España* nos hace saber cómo Cortés pedía a los letrados de los Cabildos —representantes de sus ciudades entretejidas— que enviaran cartas al emperador donde señalaran que sus actos habían superado a los de cualquier capitán griego y romano al ganar aquella populosa tierra. Fueron precisamente las villas fundadas las que dieron respaldo a ese rey tejedor:

No fue oculto lo que Cortés escribía a los Cabildos de las Villas que ya estaban fundadas, que por no ser desagradecidos a su caudillo y Justicia mayor, despacharon luego con los mismos Procuradores cartas para el Emperador, suplicándole mandase dar asiento en tierra tan buena, de suerte que los grandes servicios de Cortés y los suyos fuesen remunerados, afirmando, como ello era, que ningún *Capitán griego ni romano* había ganado tanta ni tan populosa tierra como Cortés, ni ennoblescido e ilustrado tanto su tierra y nasción (1914: 759).

²⁰ Reynolds (1962: 266-267) da noticia de dos cronistas más que reprochan la comparación con Nerón: “Suárez de Peralta, en su *Tratado [del descubrimiento de Indias]* (1589), reproduce los dos primeros versos del romance y la acusación contra Cortés para rechazarla como invención maliciosa de Las Casas, porque, entre otras razones, a las características piadosas de Cortés «es muy ajena la crueldad» [...]. Palatino de Curzola [*Tratado*, 1559] también arremete contra la acusación de Las Casas: «Por cierto marabillome en gran manera, con qué conciencia este Obispo hace esto, que con falsa relación acusa a los inocentes i excusa a los que hacen mal». Por lo demás, Ercilla, en la *Araucana* (1569-1689), establece este símil como término de comparación para definir a los indios y a Lope de Aguirre (VII: 76-83 y XXXVI: 24-31). El más relevante es el primero, pues la crueldad se traslada a los mapuches que, en palabras de Rodrigo Cacho (2019: 345) “encarnan al salvaje antiurbano, que rechaza la forma de vida europea y, con ella, las ciudades”: “Nunca fue de Nerón el gozo tanto: / de ver en la gran Roma poderosa / prendido el fuego ya por cada canto, / vista sol a tal hombre deleitosa; / ni aquello tan gran gusto le dio cuanto / gusta la gente bárbara dañosa / de ver cómo la llama se estendía / y la triste ciudad se consumía” (2005: 270).

Bajo esta misma premisa y en función del aludido binomio, Cervantes de Salazar también se refiere a la grandeza de la nueva ciudad de México, pues mucho antes de terminar su crónica, se adelanta a mencionar cómo ésta seguía gozando de esplendor, encomio que por extensión se dirige a las acciones de Cortés:

Es cosa cierta, pues dello hay tantos testigos de vista, que como en su gentilidad la ciudad de México era cabeza deste Nuevo Mundo, así lo es ahora después que en él se ha promulgado el sancto Evangelio, y cierto lo merese ser, por las partes y calidades que tiene, las cuales en pocos pueblos del mundo concurren como en éste. Describle interior y exteriormente en latín en unos *Diálogos* que añadí a los de Luis Vives... (1914: 315).

En sus *Dialogi* (1554), más concretamente en el segundo (*mexicus interior*), es donde aparece la mayor justificación sobre la destrucción de Tenochtitlan al encomiar las nuevas edificaciones²¹. Se trata de un símil laudatorio bajo la figura de otro emperador que se contrapone a la figura de Nerón. El autor lo construye, subrepticamente, a partir del uso de dos epigramas de Marcial: un hexámetro del epigrama I y un pentámetro del epigrama II del *liber Spectaculorum*. El primero le sirve para hacer referencia a la magnificencia del pórtico de Claudio, “Claudia diffusas ubi porticus explicat umbras” (donde el pórtico de Claudio extiende amplias sombras), con el propósito de hacerla extensiva al pórtico de mercaderes en el centro de la Ciudad de México; el segundo funciona para referir la grandeza que alcanzaría el convento de san Agustín que, al ser terminado, se consideraría la octava maravilla al igual que el Anfiteatro Flavio inaugurado por Tito: “Unum pro cunctis fama loquetur opus” (la fama hablará solo esta obra en lugar de todas)²². Es evidente que, en un primer plano, solo se trata de una equiparación de dichas edificaciones novohispanas con la grandeza de las obras del imperio romano, pero, en un segundo plano, subyace el encomio de esos lugares que el fiero Nerón quemó y que el benevolente Tito, encomiado por Marcial, devuelve al pueblo. Cervantes de Salazar establece, por tanto, un paralelismo entre Cortés y Tito, ambos refundadores del esplendor de una ciudad destruida, pero también, podría decirse, responsables de haber quemado la Jerusalén terrenal en épocas distintas. La imagen de Cortés conserva ese doble filo que el toledano justifica al elogiar, inmediatamente, las construcciones atribuidas a él, como la iglesia dedicada a la Purísima Concepción y el hospital, cuya descripción termina con un vitor virgiliano (*terque quaterque beatum Cortesium*. 1875: 159), pues su fiereza guerrera (destructor) —que, en este caso, compara con la de Marte y no con la de

²¹ Sanchis Amat (2012: 238-245) advierte de la cercana imitación que Cervantes de Salazar hace del diálogo XXII de Vives que versaba sobre la ciudad de Valencia y que presenta diálogos semejantes entre los personajes que la recorren. Asimismo, expone el elogio que el cronista novohispano establece a partir del tópico de la reconstrucción de Roma, cuyo primer paradigma aparece en la *descriptio urbis Romae* de Alberti.

²² Ambas traducciones son mías.

Nerón— se convierte en piedad (edificador): “Nihil sane vir heroicus aedificavit, quod non animi eius magnitudinem posteris quam testatissimam faceret” (1875: 267)²³. La edificación —o desde nuestro punto de vista, la reedificación— es lo que mayor valor tiene, de modo que el pasado indígena, desde la pluma de estos letrados, se relaciona con una ciudad llena de idolatría que debía destruirse.

Bernardo de Balbuena retoma ese sentido en su *Carta al Arcediano de Nueva Galicia* (escrita en 1602), pero valiéndose de alegorías, al establecer la relación Cortés-ciudad bajo un campo semántico de dos personajes mitológicos, Cadmo y Anfión, que justifican la destrucción y edificación respectivamente:

... donde está la greciana Tebas, edificio y fundación de Cadmo y unos pocos compañeros suyos, y después ampliada y fortalecida por el músico Anfión, quien a fuerza de la suavidad de su arpa la ennoblecí de muros y edificios [...] en que quedó hecho un retrato a esta ciudad de México, fundada como de nuevo por el valeroso Hernando Cortés y unos pocos compañeros suyos que arrojados de la furia del mar, no en busca de la perdida Europa, sino de la fama suya, aportaron a ella. Y habiendo muerto la serpiente de la idolatría de aquellos de aquellos mismos dientes que le quitaron, esto es, de sus ritos y fuerzas bárbaras, renacieron hombres nuevos en la fuente del bautismo, con que quedó mejorada en todo, creciendo después sus edificios y calles tan por orden y compás, que más parecen puestas por concierto y armonía de música que a plomo y machinas de arquitectos (2011: 145).

Este pasaje sirve para aclarar la idea que vuelve a desarrollar en su *Grandeza mexicana* (1604), pero puesta en tercetos encadenados, en los que queda implícita la relación de Cortés, pues solo alude a esa Tebas —metonimia por Anfión— que levanta muros y edificios rudos, y a ese sabio Cadmo que hace surcos y siembra dientes:

Y Tebas con su música y deidades,
 levantar muros y edificios rudos,
 que más que eso acreditan las edades,
 el sabio Cadmo hacer surcos desnudos,
 y allí cosecha de aceradas gentes,
 sembrando dientes y cogiendo escudos,
 que México por pasos diferentes
 está en la mayor cumbre de grandeza
 que vieron los pasados y presentes (2011: 177).

Balbuena proyecta, alegóricamente, las acciones de Cortés sobre la ciudad —ahora con mayor grandeza— a partir de ambos personajes²⁴, cuyas noticias provienen

²³ “Nada edificó este heroico varón que no diese a la posteridad amplio testimonio de la grandeza de su ánimo”.

²⁴ La poeta novohispana María Estrada de Medinilla imita muy de cerca los tercetos de Balbuena, valiéndose de ambas figuras mitológicas, para encomiar a Francisco Corchero Carreño en un soneto preliminar de su obra *Desagravios de Christo en el triumpho de su cruz contra el judaísmo* (1614):

de distintas fuentes clásicas²⁵: por un lado, alude a la lucha de Cadmo y la serpiente Pitón, de cuyos dientes, sembrados en el arado, nacen guerreros (“cogiendo escudos”) con los que funda Tebas²⁶, relato que alude a la muerte de la serpiente de la idolatría —destrucción de la ciudad con sus templos— de cuyos dientes sale un nuevo pueblo sometido física e ideológicamente; y por el otro, a Anfión, quien con su música ennoblecía y levanta los muros de Tebas²⁷, tal como lo había hecho el conquistador con los edificios de la ciudad²⁸. Así, sobre el *conditor* y el edificador dibuja la imagen de Cortés que sigue teniendo doble proyección: la del héroe que destruye para edificar

“Anfión de la fe, que en voz cadente, / a los supremos coros diestro aspiras, / tan docto campos, que a tu ingenio inspiras / cuanto le admiran raro y elocuente. / Sus ecos repitiendo dulcemente, / clarín alado en tus acordes líras / desencanto será de sus mentiras / al vil contagio del inculco diente. / Desagravio de Dios te llama el mundo, / lauro capaz a innumerable suma / de grandezas que concurren en ti solo, / pues ministras con garbo sin segundo / de culto Marte, fulminante pluma, / discreta espada de valiente Apolo” (2010: 406). Fray Juan Antonio de Segura y Troncoso (–1741) en una canción dedicada a la Virgen de Guadalupe refiere a un Cadmo que siembra dulzura con su pluma en un terreno (México) que era antes de serpientes, tal como lo planteó Balbuena: “Sea pues Guadalupe y su luz pura / el que antes de serpientes fue terreno, / y donde antes veneno / siembre ahora la pluma su dulzura; / ni extraña esta cultura / el que origen de letras investiga, / pues su principio en Cadmo es bien que diga, / que fue su primer fuente / el estrago fatal de la serpiente” (2010: 956).

²⁵ Ambas referencias aparecen en la poliantea de Tixier de Ravisi que pudo ser la fuente de Balbuena, debido al éxito editorial que tuvo. La referencia a Anfión está en varias secciones, entre ellas, en la de *Conditores diversorum*. También, aparece junto a la alusión de Cadmo, en donde hace referencia a ambas anécdotas (1560: 180 y 247).

²⁶ Ov. *Met.* III, 6-131.

²⁷ Hor. *Ars.* 394-396.

²⁸ La figura Anfión establece un cruce entre poeta y civilizador en el territorio americano. Cacho Casal (2009: 345) refiere el ejemplo de la unión entre Orfeo y Anfión en la *Suma del arte de poesía* (1588-1600) de Eugenio de Salazar, quien presenta al poeta como educador por excelencia que civiliza a los bárbaros, cuya idea remite al *Arte poética* (390-400) de Horacio que retoma estas dos figuras civilizadoras. Hay que recordar que ambas figuras mitológicas aparecían con frecuencia como símbolo poético, a lo largo del Siglo de Oro, lo que supondría que Balbuena, en este caso, a partir de Cadmo y Anfión, vuelve a proyectar en Cortés la dicotomía del *miles* y del *doctus*, éste último levanta construcciones con su elocuencia. Al respecto, refirió el trabajo de Leah Middelbrook, que está en proceso, sobre la poética de Anfión en el Renacimiento y su vínculo con la *Polis*, cuyo adelanto se presentó (“El petrarquismo y la *Polis*: la poética de Amphion”) en el Congreso sobre la *Poética de Zeuxis* en México del 3 al 6 de diciembre de 2019. Por lo demás, baste de ejemplo del uso poético de la figura de Anfión en el soneto que dedica Josef de Valdivieso a Bartolomé Jiménez Patón, en los preliminares de su *Elocuencia española en arte* (1604), donde se prefiere la elocuencia, representada en la música de Anfión —y de otros personajes mitológicos, como Orfeo—, a la fiereza, representada en la clava de Hércules: “El canto encantador de la sirena / que enamorado dulcemente encanta; / la lira que, en las obras que levanta / el mar, dio a Arión, quien le sacó a la arena, / el plectro que al tebanero muro ordena, / de grúa sirviendo al cisne que en él canta, / la suavidad de la sutil garganta, / que a Eurídice libró de la cadena / la erudición del que en lugar de Clava / con la lengua venció por el oído / del rebelde francés la resistencia, / cifra en aquesta maravilla octava / un Mercurio al que del cielo preferido / para enseñar a España su Elocuencia (1993: 90). Hay que añadir una significativa referencia más del ámbito novohispano: Sigüenza en el *Triunfo parténico* (1683) llama a los poetas novohispanos “indianos Anfiones” (2010: 699-700) para representar una elite letrada en dicho territorio (cfr. las composiciones de María Estrada de Medinilla y la de fray Juan Antonio de Segura y Troncoso, arriba citadas).

algo nuevo, cuyo concepto se potencia en el concierto y armonía con el que levanta las construcciones. Pero lo más interesante, es que ambos letrados usan la imagen de fundadores para minimizar el aspecto de la destrucción y potenciar el sentido de que se trata de algo nuevo que cancela cualquier pasado glorioso destruido o reedificado atrozmente. Sobre este segundo aspecto, hay que recordar cómo Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España* describía la edificación de la ciudad como la séptima plaga que había diezmando la población nativa:

La séptima plaga fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalen; porque era tanta la gente que andaba en las obras que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos Indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra (1858: 18-19).

Pero en los tercetos de Balbuena no hay verso que refiera a dicha brutalidad, pues en su lugar hay una ciudad que nace de nuevo en un segundo parto (2011: 175), lo que propicia que también la imagen de ella arrasada por el fuego tenga una correspondencia mitológica positiva que además la embellece:

Toda ella en llamas de belleza se arde,
Y se va como fénix renovando:
Creczas al cielo, en siglos mil te guarde (2011: 179).

No es fortuito que Balbuena la nombre, versos más adelante, “Fénix de galas” (2011: 181), en virtud del renacimiento de la ciudad por medio de las “llamas de belleza”, pues es el mismo símbolo con el que se había identificado el conquistador extremeño según Gómara y Bernal Díaz del Castillo; de acuerdo con la noticia del último, Cortés forjó una culebrina en oro que representaba ese renacimiento del Fénix después de incinerarse y que hacía alusión a la ciudad, a él y a Carlos V de acuerdo con el mote que la acompañaba:

Pues como Cortés había recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro y la culebrina que se decía fenis ya era acabada de forjar, y salió muy estremada pieza para presentar a un tan alto Emperador como era nuestro gran César, y decía en un letrero que tenía escrito en la misma culebrina:

Aquesta nació sin par
Yo en seviros, sin segundo;
Y vos, sin igual en el mundo (2011: 818).

Esta estrecha relación que sella la unión entre la Ciudad de México, que renace sin par, y su fundador, que sirve a Carlos V como ningún otro, tiene resonancia

años más tarde en el texto emblemático —y poco estudiado— de Arias de Villalobos compilado con el título *México en 1623* y escrito en honor a Felipe IV: *Obediencia que México, cabeza de la Nueva España, dio a la majestad católica del rey D. Felipe de Austria, N[uestro] S[eñor], alzando pendón de vasallaje en su real nombre. —Con un discurso en verso, del estado de la misma ciudad, desde su más antigua fundación, imperio y conquista, hasta el mayor crecimiento y grandeza en que hoy está; en él hay una alusión que se relaciona con dicha ave y que configura una perspectiva laudatoria y reivindicatoria de la imagen del conquistador:*

A ti, pues, que Alejandro, Alcides, Bacco,
Aníbal, Scipión, Jerjes y Ciro;
César, Pompeyo, Antonio, Darlo y Graco,
y aquel famoso Pirro, Rey de Epiro,
la honra y provecho te echan en un saco
y adornan tu laurel de oro y zafiro;
dente el Nilo egipciano, y en él sea
Fénix del mundo occidental tu idea (1907: 253).

El poeta construye la octava por medio de la acumulación de nombres de emperadores, reyes y héroes mitológicos que terminan por honrar y adornar el lauro de Cortés, quien, a su vez, acaba convertido en la misma imagen del Fénix del mundo occidental. Esta idea halla correspondencia, versos más adelante, con otra referencia a la misma ave, pero esta vez respecto a la ciudad quemada, que el autor configura a partir del acceso que Cortés da a la Iglesia para limpiarla de la sodomía:

Lanzas fuego en los pueblos sodomitas;
Todo olor del demonio, al fin, consumes,
y todo huele á Dios, con tus perfumes (1907: 252).

La ciudad es una nueva Sodoma que como un ave Fénix se consume en el fuego para purificarse y, una vez consumida, emana olores y perfumes agradables, tal como sucede con el nido construido con maderas olorosas, según el mito clásico²⁹. Nuevamente se presentan argumentos alegóricos que justifican la destrucción y quema de Tenochtitlan para encubrir la crueldad de Cortés bajo el manto de la voluntad divina amparada por la Iglesia, aquella que da a luz la imagen piadosa de él vinculada a una ciudad que renace de sus cenizas.

²⁹ Esta metáfora de la ciudad aparece también en una de las composiciones de la *Descripción y explicación de la fábrica y empresa del suntuoso arco* (1640) dedicado al virrey don Diego López de Pacheco, en el que una América alegórica se enuncia como México: “[soy] aquella México, a quien / Roma occidental tuvieron, y ya Fénix de edificios / hallo en mis ruinas mi aliento” (2010: 386). Matías de Bocanegra (1612-1668), jesuita poblano, también hace extensivo el motivo a América en un soneto: “la aplauda Fénix si al calor renace” (2010: 463).

No deja de ser de interés que sea un mito que permite mostrar no solo que Cortés era único como héroe —la imagen de Carlos V se desplaza— sino también que poseía doble identidad que erigía un antes y un después inigualable llevado a cabo por su espada y descrito por su pluma. Las tres apologías de Cortés se inscriben en ese itinerario escritural de doble filo, iniciado por él, donde los elementos retóricos de la alabanza de ciudad —o su denostación— estarán estrechamente relacionados con su imagen: con la figura de Nerón que dentro del concepto que conforma involucra la crueldad proyectada en la quema de la ciudad, lo cual haya contrapeso en la figura de Tito, emperador que la reconstruye; con héroes mitológicos que fundan y edifican ciudades como Cadmo o Anfión, quienes se podrían considerar como la cara contraria de los míticos fundadores que erigieron ciudades con fratricidios —Caín y Rómulo—, ya que, en su lugar, Cadmo la instauro al matar a la serpiente³⁰ y con la figura sublimada del Fénix, ideada por el mismo Cortés, que en su concepto lleva toda la justificación de los binomios paradójicos: crueldad y piedad, destrucción y renacimiento.

Cortés establece una forma de asimilar la ciudad quemada en sí mismo y la propone como un libro que completarán los cronistas y letrados para concebir, según palabras de Rama, una ciudad como un parto de la inteligencia en normas que se teorizan en el papel (1998: 23). Se trata de un primer discurso que se convierte en otros discursos que perpetúan y multiplican la imagen del fundador y su ciudad. Cortés logra que su pluma construya y edifique su ideal, primero por medio de un prelude de ciudades que recorre y que corona con la grandiosa imagen de Tenochtitlan, después con la que él edifica, cuyo pasado mítico queda como un recuerdo difuso y cuya construcción retórica y visual había dejado a dos hombres renacentistas como Durerro y Montaigne pasmados ante la admirable belleza de ese modelo ideal que alguna vez existió, la que probablemente, años más tarde, el conquistador extremeño recordaría como un sueño al pensar en los albores de la fama de su empresa humanista y bélica.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá, Manuel (1950): *César y Cortés*, México, Editorial Jus.
 Añón, Valeria (2010): “Escribir y poblar: primeras ciudades y primeras fundaciones en crónicas de la conquista de México”, *Espacio tiempo*, 6, pp. 50-60
 Aracil Varón, Beatriz (2016): *Yo, don Hernando Cortés*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert.
 Balbuena, Bernardo de (2011): *Grandeza mexicana*, Asima F. X. Saad Maura (ed.), Madrid, Cátedra.

³⁰ Otro paradigma de *conditor* es Eneas. Algunos de los cronistas que comparan a Cortés con dicho héroe clásico son Saavedra Guzman en el *Peregrino indiano* (1599), Gabriel Lasso de la Vega en su *Mexicana* (1594) y Carlos de Sigüenza y Góngora en la *Piedad heroica de don Fernando Cortés* (1689). Sobre la influencia de la Eneida en las crónicas cortesianas, véase: Antonio Río Torres Murciano (2019: 69-92; 2016: 85-106).

- Cacho Casal, Rodrigo (2019): “La ciudad invisible: Tenochtitlán en «El peregrino indiano» de Saavedra Guzmán”, *La invención de la ciudad en el mundo hispánico (siglos XI-XVIII)*, Paris, Éditions Hispaniques, pp. 343-356.
- Casas, Bartolomé de las (1991): *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Andrés Moreno Mengíbar (ed.), Nápoli, Er Revista de Filosofía.
- Cervantes de Salazar, Francisco (1875): *México en 1554. Tres diálogos latinos*, Joaquín García Icazbalceta (ed. trad. y notas), México, Antigua Librería de Andrade y Morales.
- Cervantes de Salazar, Francisco (1914): *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Hispanic Society of America.
- Cortés, Hernán (2016): *Cartas de relación*, Ángel Delgado Gómez (ed., introd. y notas), Madrid, Castalia.
- Díaz del Castillo, Bernal (2011): *Historia verdadera de la conquista en la Nueva España*, Guillermo Serés (ed. y notas), Madrid, RAE.
- Diccionario de Autoridades* (1726-1739), Real Academia Española, Madrid.
- Durán, Diego (1880): *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, 2 vols., México, Imprenta de Ignacio Escalante.
- Ercilla, Alonso de (2005): *La Araucana*, Isafás Lerner (ed.), Madrid, Cátedra.
- Ginzburg, Carlo (1976): “High and Low: The Theme of Forbidden Knowledge in the Sixteenth and Seventeenth Centuries”, *Past & Present*, 73, pp. 28-41.
- Glantz, Margo (1992): “Ciudad y escritura: la ciudad de México en las «Cartas de relación» de Hernán Cortés”, en *Borriones y borradores*, México, UNAM, pp. 45-59, <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc3t9w8>>.
- Gracián, Baltasar (2001 [1639]): *El héroe*, edición facsímil, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Horacio (2002): *Epístolas. Arte poética*, Alma Mater, Madrid, CSIC.
- Jiménez Patón, Bartolomé (1993): *Elocuencia española en arte*, Barcelona, Pulvill Libros.
- Kagan, Richard (2000): *Urban Images of the Hispanic World, 1493-1793*, New Haven/London, Yale University Press.
- López Parada, Esperanza (2013): “La cartografía como relato: Intervenir los mapas, narrar las ciudades”, *Orbis Tertius: Revista de Teoría y Crítica Literaria*, 18:19, pp. 158-186, <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5998/pr.5998.pdf>.
- Martínez, José Luis (ed.) (1990): *Documentos cortesianos I, 1518-1528*, México, FCE- UNAM.
- Martínez Martínez, María del Carmen (2013): *Veracruz 1519. Los hombres de Cortés*, León, Universidad de León.
- Menandro el Rétor (1996): *Dos tratados de retórica epidíctica*, Madrid, Gredos.
- Navarra, Pedro de (1567): *Diálogos muy sutiles y notables*, s.l., Juan de Millán.
- Motolinía, Toribio de (1858): “Historia de los indios de la Nueva España”, en Joaquín García Icazbalceta (ed.), *Colección de documentos para la historia de México*, México, Librería de J.M. Andrade, <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch70b5>>.
- Ovidio (2019): *Metamorfosis*, 3 vols., Madrid, CSIC, Alma Mater.
- Panofsky, Erwin (2003): *La perspectiva como forma simbólica*, Barcelona, Tusquets.
- Pastor, Beatriz (1983): *Discurso narrativo de la conquista de América*, Santiago, Casa de las Américas.
- Quintiliano (1999), *Obras completas*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca.
- Rama, Ángel (1998): *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca.
- Reynolds, Winston A. (1962): “Hernán Cortés y los héroes de la Antigüedad”, *Revista de Filología Española*, 65, pp. 259-271, <<https://doi.org/10.3989/rfe.1962.v45.i1/4.927>>
- Rico, Francisco (2018): *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Crítica.
- Río Torres Murciano, Antonio (2019): “Eneas en México. Recreaciones épicas de la llegada de Hernán Cortés”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 39, pp. 69-92.
- Río Torres Murciano, Antonio (2016): “Polifemo en Yucatán. Variaciones sobre un episodio de la Eneida en la épica cortesiana del Quinientos”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, 36, pp. 85-106.

- Rossi, Annunziata (2017): *El humanismo renacentista florentino: presagios, viajes, arte y ciencia hacia el continente americano*, México, UNAM.
- Ruth, Jeffrey (2011): *Urban Honor in Spain. The Laus Urbis from Antiquity through Humanism*, United States of America, The Edwin Mellen Press.
- Saavedra Guzmán, Antonio (1599): *El peregrino indiano*, Madrid, Pedro Madrigal.
- Sanchis Amat, Víctor Manuel (2014): “La primera *laus urbs* occidental en América: la descripción de la ciudad de México-Tenochtitlan de Hernán Cortés”, *Revista Historia Autónoma*, 5, pp. 43-50, <<https://revistas.uam.es/historiaautonoma/article/view/715>>.
- Sanchis Amat, Víctor Manuel (2012): *Francisco Cervantes de Salazar (1518-1575) y la patria del conocimiento: la soledad del humanista en la ciudad de México*, tesis doctoral, Universidad de Alicante.
- Tenorio Trillo, Martha Lilia, (ed.) (2010): *Poesía novohispana. Antología*, 2 vols., México, El Colegio de México.
- Tixier de Ravisi, Jean (1560): *Ioan Ravisii Textoris officinae epitomes*, 2 vols., Lugduni, apud haered Seb. Gryphii.
- Todorov, Tzvetan (2001): *La conquista de América*, México, Siglo XXI.
- Vernant, Jean-Pierre (2002), *Entre mito y política*, México, FCE.
- Vilar, Pierre (2008): *Historia de España*, Barcelona, Crítica.
- Villalobos, Arias de (1907): “México en 1623”, en Genaro García (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, <https://mexicana.cultura.gob.mx/en/repositorio/detalle?id=_suri:DGB:TransObject:5bce59897a8a0222ef15e64a&w ord=1623,&r=5&t=20>.
- Zambrana Ramírez, Alberto (2007): “La Retórica de las ciudades: descripción del paisaje urbano en la Segunda carta de relación de Hernán Cortés”, 6, pp. 69-78, <https://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-06/alberto-zambrana.pdf>.

Fecha de recepción: 6 de mayo de 2020

Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2020